

que dentro de pocos dias hemos de dar estrecha cuenta de todo lo que se nos ha entregado. ¿Pero qué virtud tienen los bienes del mundo para hacer á un hombre feliz? Nacen con ellos las espinas. ¿Qué gran fortuna hay sin grandes inquietudes? Toda replecion es enfermedad; no son los mas tranquilos los empleos mas elevados. Es muy raro el manjar dulce que no se convierta en bilis. Desengañémonos, que la tierra en que vivimos solo produce frutos amargos, agrios y silvestres. ¿Cuándo se ha hallado un corazon que se dé por satisfecho aun en medio de la abundancia? ¿Y qué abundancia se encuentra en este mundo sin amarguras y disgustos? Y con todo, eso es lo que se llama dicha, felicidad, fortuna y objeto de envidia. El hombre material y terrestre solamente se deja deslumbrar de estas falsas brillanteces; pero un entendimiento ilustrado con las luces de la fe, ¿es posible que ha de tener por gran fortuna esos ropéles, esos fantasmas de felicidad, esos surtideros de cuidados, esos estorbos de nuestra salvacion? ¿Qué fortuna puede ser, buen Dios, estar en esas eminencias expuestas á tantas tempestades, á tantos vientos furiosos? ¿qué fortuna no dar paso que no sea en un precipicio; caminar por entre espigas que punzan, que penetran, que despedazan; andar oprimido con cargas que sufocan? ¿qué fortuna no brillar, no sobresalir sino para ser el blanco de los tiros del enemigo, para ser mejor distinguido en la refriega? ¿qué fortuna, en fin, respirar siempre un aire inficionado, vivir mas atolondrado que los otros en medio del ruido, estar expuesto á tentaciones mas violentas, á riesgos mas peligrosos, á naufragio mas seguro? No, no tengamos envidia á los dichosos del siglo; algun dia darán motivo á su llanto esas soñadas é imaginarias felicidades; en la hora de la muerte ellos mismos las calificarán de verdaderas desdichas. ¡Oh, qué cosa tan

triste es comenzar tan tarde á tener juicio, y á conocer las cosas como son! Dichoso aquel que no espera á que la muerte le quite las cataratas de los ojos para percibir distintamente la vanidad, la ninguna sustancia de lo que deslumbra, de lo que encanta. Todo lo que se llama felicidad en el mundo solo es bueno para servir de victima á muchos sacrificios. Dichoso el que á imitacion de san Pablo lo deja todo por ganar á Jesucristo.

El evangelio es del cap. 12 de san Lucas.

In illo tempore dixit Jesus discipulis suis : Nolite timere pusillus grex, quia complacuit patri vestro dare vobis regnum. Vendite quæ possidetis : et date eleemosynam. Facite vobis sacculos, qui non veterascunt : thesaurum non deficientem in cælis, quo fur non appropriat, neque tinea corrumpit. Ubi enim thesaurus vester est, ibi et cor vestrum erit.

En aquel tiempo dijo Jesus á sus discipulos : No temais, pequeña grey, porque vuestro Padre ha tenido á bien daros el reino. Vended lo que teneis, y dad limosna. Haced bolsillos que no envejezen : un tesoro en los cielos que no mengua, adonde no llega el ladron, ni la polilla roe. Porque donde está vuestro tesoro, allí estará tambien vuestro corazon.

MEDITACION.

DE LA HUMILDAD CRISTIANA.

PUNTO PRIMERO.

Considera que la humildad cristiana es la virtud de las almas grandes, de los genios sublimes, de los entendimientos de primera clase, iluminados con las mas vivas luces de la fe. Es grande error confundir esta noble virtud con la pusilanimidad de las almas apocadas. No es la humildad cristiana aquella oscura y cobarde ociosidad de un corazon insulso, de una razon medio apagada; es un conocimiento vivo, una

persuasion efectiva y práctica de su propia miseria y de su nada, que inspira dictámenes y resoluciones correspondientes á esta clara luz, que dicta un verdadero desprecio de sí mismo, una respetuosa y tierna confianza en el Señor.

No hay cosa mas razonable, no hay cosa mas noble que este bajo concepto de sí propio; porque no la hay mas verdadera. Es menester entendimiento para conocer y confesar que se tiene muchos defectos y poco mérito. Los entendimientos limitados y vulgares solo admiran y aprecian lo que crece en su fundo, como aquellos groseros aldeanos que nunca vieron mas que lo que hay en sus aldeas. Mas cuando la gracia, por decirlo así, cultiva y perfecciona aquel corazon y aquel entendimiento; cuando á favor de las cruces sobrenaturales registra uno lo que es, y lo que puede ser; cuando descubre aquel monton de culpas, aquel hondo sin suelo de miserias, aquella propension natural á lo malo, aquella debilidad, aquella flaqueza para todo lo bueno; ¿cómo puede dejar de mirarse á sí mismo con el último desprecio? ¿cómo puede sufrir que le alaben sin caérsele la cara de vergüenza? ¿No es cortedad, no es falta de entendimiento, no es especie de locura engreirnos de que nos tengan por lo que no somos, y sentir que nos conozcan por lo que valemos? ¿y no es este el verdadero carácter del orgullo? La humildad, por el contrario, gusta mucho de que nadie se engañe á nuestra cuenta; ¿y qué cosa mas puesta en razon? El que desea ser estimado, en ese mismo deseo acredita lo poco que lo merece. ¿Qué mayor injusticia que exigir del público un tributo que no se nos debe!

Quid habes quod non accepisti? dice el Apóstol (1): ¿Qué tienes que no lo hayas recibido? y si lo recibiste, ¿de qué te glorias, como si fuera cosecha tuya? ¿Será

(1) I. Corinth 4.

por ventura menester dar tormento á nuestra razon para descubrir dentro de nosotros mil motivos para humillarnos? Errores en el entendimiento, pasiones en el corazon, enfermedades en el cuerpo, desvarios en la imaginacion; todo es pobreza, todo es humillacion en el hombre; hasta las prendas mas brillantes de que goza, están cercadas de sombras. No, no es menester abrir las sepulturas para convencerse cualquiera de que el monarca mas poderoso y el vasallo mas infeliz, no son sino polvo y ceniza. *Quid superbit terra et cinis* (1)? ¿De qué se ensoberbecerá la ceniza? ¿de qué se engreirá el polvo? Ciertamente nada nos debe humillar tanto como nuestro mismo orgullo. ¡Y será posible, Señor, que todavia me cueste trabajo ser humilde, y serlo a vista de un Dios tan humillado para curar mi orgullo!

PUNTO SEGUNDO.

Considera que además de los motivos que tenemos para humillarnos, debiéramos ser humildes, aunque no fuera mas que por lo mucho que se gana en el ejercicio de esta importante virtud.

Ninguna virtud hay sin humildad; y todas cuestan poco á una alma verdaderamente humilde. La gracia, dice el apóstol Santiago (2), le es comunicada con abundancia. *Finis modestiæ*, dice el Sabio (3), *timor Domini, divitiæ et gloria et vita*. El que es humilde, teme á Dios, crece en mérito y en gloria; y cuanto mas profundo es el cimiento de la humildad, mas elevado es el edificio de la perfeccion. *Humiles spiritu salvabit* (4): la humildad cristiana es siempre prenda de la salvacion. ¿En quién pondré yo mis benignos ojos? dice Dios por Isaias; ¿á quién franquearé los tesoros de mi misericordia, sino á un corazon humilde y contrito?

(1) Eccl. 10. — (2) Jacob. 4. — (3) Prov. 22. — (4) Psalm. 33.

Ad quem respiciam, nisi ad pauperculum, et contritum (1)?

Bien se puede decir que la humildad desarma la cólera de Dios, que le gana el corazón, y le empeña, por decirlo así, en hacer las mayores maravillas: *Quia respexit humilitatem ancillæ suæ.* La gracia de haber sido elevada á la suprema dignidad de Madre de Dios, no la atribuyó la santísima Virgen ni á su virginidad, ni á su fervor, ni á todas las demás virtudes que poseía en grado tan eminente, sino precisamente á su humildad: *Quia respexit humilitatem.* Seamos humildes, no salgamos jamás de nuestra nada, y aquel gran Dios que crió de la nada á todo el universo, se valdrá de nosotros para obrar mil maravillas.

Mira á los apóstoles, pon los ojos en los mayores santos; todos fueron humildes á cual mas. ¿Qué prodigios no obró el portentoso Paula entre los grandes y los pequeños! Fué sin duda el milagro de su siglo; ¿pero había en el mundo hombre mas humilde? ¿Cuándo ha de llegar el tiempo de que tantos y tan visibles ejemplos, tantos y tan poderosos motivos, tantas y tan urgentes razones nos abran finalmente los ojos, sean eficaz medicina á nuestro orgullo, y nos hagan tomar gusto á la humildad?

¿Puedo, Señor, veros á vos humillado hasta la muerte de la cruz! ¿puedo verme á mí mismo hinchado de orgullo y de vanidad, y no ser humilde! ¿Ah! demasiado que puedo, y mis máximas, mis operaciones y mi conducta prueban bastante lo que soy; pero todo lo espero de vuestra misericordia infinita. Mandáisme que aprenda de vos á ser humilde de corazón, haced que venga á serlo; con todo el corazón os lo pido, con toda el alma lo deseo.

(1) Isai. 66.

JACULATORIAS.

Loquar ad Dominum meum, cum sim pulvis et cinis?
Genes. 18.

¿Tendré aliento para hablar á mi Dios y á mi Señor, yo que no soy mas que ceniza y polvo?

Ego sum pauper et dolens; salus tua, Deus, suscepit me. Salm. 68.

Pobre soy, enfermo soy; tened misericordia de mí, y sed, Señor, mi salud.

PROPOSITOS.

1. La humildad sin la humillacion ordinariamente no es mas que aquel especulativo conocimiento que se tiene del mérito y de la importancia de esta virtud; pero no siempre es la virtud misma. Ninguno es humilde precisamente porque conozca los motivos que tiene para serlo. Las virtudes morales son prácticas. La prueba mas segura, la menos equívoca de la humildad es el deseo de la humillacion. Si esta importantísima virtud consistiera solo en palabras, los cumplimientos menos sinceros acreditarian de humildes á muchos que se alimentan de orgullo y de vanidad. ¿Cosa extraña! está uno atestado de defectos que saltan á los ojos, y no puede tolerar que se los perciba; y si alguno se los nota, si se los censura, ¿qué odio, qué mortal aversion! Condena él mismo en otros estos propios defectos, y pretende que los demás los disimulen en él porque son suyos. Corrige desde luego un vicio tan comun y tan injusto. Si no tienes virtud para amar la humillacion, ten á lo menos humildad para sufrirla con paciencia; no te disculpes en aquellas ocasiones en que es maltratado el amor propio, y dispone Dios que te ajen la vanidad.

Estarás tan alegre con haber callado : no echés á perder con un silencio seco y desabrido, con una palabrilla picante, con cierta indignacion mal disimulada, no echés á perder el mérito de esta corta humillacion. que es admirable remedio contra las hinchazones del corazon.

2. No siempre nace del genio ni del mal humor la demasiada delicadeza y el poco sufrimiento de los amos; un secreto orgullo, una soberbia no muy encubierta, suele ser frecuentemente el verdadero principio de tantas prontitudes, de tantas vivezas impacientes. No se puede llevar con paciencia una palabra menos respetuosa; se alborata la casa al mas leve descuido de un criado; danos en rostro la lentitud de los que nos sirven; si alguno se muestra menos pronto, menos obediente á nuestras órdenes, nos pone eso de mal humor. Llama con el nombre que quisieres á esas impacencias, á esos enfados; cúbrelos con la capa que te pareciere; lo cierto es que serias mas sufrido si fueras menos orgulloso. Comienza desde este mismo punto á poner en práctica la reglas siguientes. Primera : Excusa con caridad las faltas de otros, y no permitas que tu familia haga conversacion de ellas. Segunda : Cuando te faltaren en alguna cosa que toque inmediatamente á tu persona, como en ciertas atenciones, en ciertos honores, en cierta distincion que te se debe; cuando se hayan olvidado de presentarte ciertos obsequios ó servicios, no pierdas el mérito de estas humillaciones. La poca memoria ó mala habilidad de un criado, la descortesía de muchas clases de gentes, malignidad y el perverso corazon de tantos falsos amigos, te ofrecerán mil ocasiones cada dia de hacer al Señor estos pequeños sacrificios : Tercera : Dite muchas veces á tí mismo lo que se decia san Bernardo : *Adoro á un Dios humiliado por mí hasta la muerte de la cruz. ; y yo no soy humilde!*